

# ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo	13
Una introducción muy personal: los dientes del lobo	15
PRIMERA PARTE	
LA HERENCIA ENVENENADA	
1. Los poderes del Cardenal Cisneros	24
2. La España acomplejada	33
3. La España dividida	41
4. La España ingenua	51
5. La España indefensa	60
SEGUNDA PARTE	
CONOCE A TU ENEMIGO	
6. Geoestrategia: las vísceras de un ganso	73
7. Rusia: el regreso del derecho de conquista	83

8.	El Ejército ruso en acción: la guerra de Ucrania	95
9.	Desinformación: el hackeo de nuestras mentes	118
10.	Irán: el enemigo tras el velo	128
11.	Los <i>proxies</i> de irán en acción: escenarios de baja intensidad	139
12.	China: ¿hay razones para temblar?	151
13.	Corea del Norte: el vecino intratable	161
14.	Marruecos: el vecino incómodo	166
15.	Ceuta, Melilla y la guerra híbrida	179
16.	El terrorismo internacional	185
	TERCERA PARTE  LOS CAÑONES DE ESPAÑA	
47	0.7	100
	Cañones, mantequilla y armas nucleares	196
17. 18.	Cañones, mantequilla y armas nucleares	196 208
	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento	
18.	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa	208
18. 19.	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa	208
<ul><li>18.</li><li>19.</li><li>20.</li></ul>	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa  Drones, ciberguerra e inteligencia artificial ¿Una nueva revolución en los asuntos militares?  La batalla aérea en el siglo XXI	208 220 236
<ul><li>18.</li><li>19.</li><li>20.</li><li>21.</li><li>22.</li></ul>	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa  Drones, ciberguerra e inteligencia artificial ¿Una nueva revolución en los asuntos militares?  La batalla aérea en el siglo xxi  El combate terrestre en la era del dron	208 220 236 250
<ul><li>18.</li><li>19.</li><li>20.</li><li>21.</li><li>22.</li></ul>	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa  Drones, ciberguerra e inteligencia artificial ¿Una nueva revolución en los asuntos militares?  La batalla aérea en el siglo xxI  El combate terrestre en la era del dron  En la mar y desde la mar	208 220 236 250 268
<ul><li>18.</li><li>19.</li><li>20.</li><li>21.</li><li>22.</li><li>23.</li></ul>	Guerras de ayer, hoy y mañana: el Planeamiento de la Defensa  Drones, ciberguerra e inteligencia artificial ¿Una nueva revolución en los asuntos militares?  La batalla aérea en el siglo xxI  El combate terrestre en la era del dron  En la mar y desde la mar  ¿C4istar o el arte de la guerra?  El futuro del campo de batalla: las operaciones	208 220 236 250 268 283

## **PRÓLOGO**

«Aqueste da al poema belicosa armadura de erudición; estotro le da pompas y galas. Ambos baten en vano sus ridículas alas... ¡Olvidaron, cuitados, el factor hermosura!».

Jorge Luis Borges, El Aleph

Desocupado lector: Con esta expresión se dirigía Miguel de Cervantes a quienes se enfrentaban a las primeras páginas del *Quijote*, su obra universal.

No estoy seguro de que yo deba decir lo mismo. Y no es solo por la enorme distancia que me separa del Manco de Lepanto, valeroso soldado y genial escritor. Es que, además, los posibles lectores del siglo XXI rara vez están desocupados.

Aunque Cervantes tenía todas las armas necesarias para hacerlo, él no tuvo que competir con Netflix. ¿Qué puedo darle yo al lector que le invite a apagar el televisor? ¿Qué me aconsejaría Carlos Argentino Daneri, el poco inspirado poeta de ficción a cuya torpe pluma atribuye Borges los pretenciosos versos que encabezan este prólogo?

Nadie espere encontrar en este libro belicosa armadura de erudición. No acompañarán a mis reflexiones las copiosas citas que, en apretadas notas a pie de página, dan lustre a otros ensayos. Como el propio Cervantes, yo también soy «poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos».

Tampoco encontrará el lector pompas y galas. Aunque quisiera, no podría hacerlo. Solo en la pereza coincido con Cervantes. En su caso impostada por la modestia, y en el mío cierta como la gravedad... o lo que sea que los terraplanistas creen que hace caer los cuerpos.

Y ¿qué decir del factor hermosura? Tan cerca estoy de él como la modesta acuarela del pintor aficionado, meramente decorativa en el mejor de los casos, lo está de *Las meninas* de Velázquez.

Entonces, ¿qué puedo ofrecerle al lector en el momento de zarpar para invitarle a hacerse a la mar conmigo? Le propongo un tema —la Defensa Nacional— que, si no lo hace ya, debiera preocuparle. Sobre todo en los turbulentos tiempos que vivimos cuando, amortiguados por la distancia, empiezan a escucharse los tambores de guerra que suenan en el este de Europa y en Oriente Próximo.

Puedo ofrecerle también un enfoque personal. Quien se anime a navegar por estas páginas encontrará explicaciones simples, pero suficientemente ortodoxas para que no quede mal si, como yo quisiera, discute estos asuntos con sus amigos en la barra de un bar. Encontrará también, y pido disculpas por ello, algo de respetuosa sorna gallega aderezada con los recuerdos de la carrera de un marino gris... como grises son los barcos de la Armada.

Por último, y ya que no puedo presumir de imparcialidad —no soy neutral en mis opiniones sobre la milicia—, prometo en su lugar mi honrada opinión. Ya retirado, solo me debo a España y ¿por qué negarlo? a mi mujer, que a veces repasa mis líneas para asegurarse de que son inteligibles. Si, como es probable, alguien no está de acuerdo con lo que escribo, tendrá razón. Si encuentra algún error, no será deliberado.

Advertido el lector... ¡Larga trinquete, en nombre de la Santísima Trinidad...!

## UNA INTRODUCCIÓN MUY PERSONAL: LOS DIENTES DEL LOBO

ojee el lector cualquiera de las numerosas revistas dedicadas a la defensa que se publican en España, ya sean digitales o en papel. No perderá su tiempo, porque muchas de ellas son muy interesantes. En todas —y esa es una parte de su atractivo— podrá ver vistosas imágenes de aviones Eurofighter españoles, carros de combate Leopard 2E, fragatas F-100 o misiles Patriot. Más importante todavía, podrá ver a hombres y mujeres vocacionales, capaces de sacar partido de este sofisticado material y mantenerlo en las mejores condiciones.

Si además de admirar las fotografías se anima a leer los textos, encontrará datos detallados sobre el alcance y el techo de los misiles, el blindaje de los carros, el desplazamiento de los buques y la velocidad de los aviones. Las mejores firmas le explicarán también cómo se emplea cada uno de estos sistemas sobre el terreno; sin embargo, rara vez podrá encontrar en los medios nacionales artículos que le ayuden a entender para qué queremos todo eso.

Recuerdo haber visto en YouTube, ya hace algunos años, un anuncio pagado por el Ministerio de Defensa noruego. Mientras se mostraban imágenes espectaculares de algunas unidades de sus fuerzas armadas, el locutor se hacía preguntas muy relevantes: ¿por qué Noruega invierte ingentes cantidades de recursos en modernos submarinos y aviones de combate? ¿Por qué algunos de nuestros mejores jóvenes se adiestran para combatir en escenarios tropicales y árticos? ¿Qué es lo que Noruega, como nación, espera conseguir de todo eso? ¿Qué queremos que ocurra? Las imágenes bélicas daban entonces paso a paisajes idílicos en los que jugaban los niños y las

parejas paseaban de la mano. Sobre estas escenas, en abierto contraste con las anteriores, el locutor nos daba la inesperada respuesta a sus preguntas: ¡nada! Lo que queremos es que no ocurra nada.

Es raro, en nuestro país, encontrar una explicación tan bien llevada. ¿Por qué se entiende tan mal nuestra Defensa Nacional? No me parece que haya ningún misterio en ello. De entre todos los servicios que presta el Estado a cambio de nuestros impuestos, algunos —como las carreteras, las escuelas y los hospitales— forman parte de nuestra vida cotidiana. Otros —como la policía y los bomberos— están ahí para ayudarnos cuando los necesitamos. ¿Y las FAS? ¿Nos sentimos los españoles usuarios de las Fuerzas Armadas?

No estoy seguro de que sea así. Y, sin embargo, no solo somos usuarios, sino también, en cierto modo, potenciales protagonistas. La Constitución no nos obliga a todos a curar a los demás o enseñarles a leer; pero sí nos reconoce el derecho y nos impone el deber de defender a España.

Ese alejamiento entre milicia y sociedad —que en parte se deriva de las propias misiones de las Fuerzas Armadas, casi siempre en el extranjero—puede acortarse con un esfuerzo pedagógico, realizado en la escuela o a través de la publicidad institucional. Pero, como en España no hemos hecho ni una cosa ni otra, no es de extrañar que haya tantos ciudadanos que, en lugar de entender a sus Fuerzas Armadas como lo que son, una herramienta a su servicio, las vean como un instrumento de los poderosos —ponga el lector a aquellos que considere oportunos— para sojuzgar a los pueblos. Después de todo, ¿no ha sido eso lo que ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad?

Se trata, sin duda, de un grave error de percepción. Sobre todo porque, en la España de hoy, el poder soberano corresponde al pueblo. Los poderosos somos el lector y yo mismo. Pero ¿quién soy yo para tirar la primera piedra a los que se equivocan de perspectiva? Permita el lector que, buscando establecer esa complicidad tan necesaria para convencerle de que me dedique una parte de su tiempo, comparta una reflexión de carácter personal que demuestra que todos podemos cometer ese error.

Hace tantos años que casi no lo recuerdo, pero cuando era teniente de navío —nadie nace almirante retirado— tuve la suerte de mandar un patrullero de 400 toneladas. Solía navegar por las costas de Argelia, desde luego por fuera de las doce millas de las aguas territoriales, para obtener datos sobre las emisiones electrónicas de un país con el que no teníamos las mejores relaciones. Recién terminada la guerra fría, los argelinos, que habían estado durante muchos años alineados con el bloque soviético, no nos veían de

forma demasiado amistosa. Tampoco nosotros a ellos. A bordo, todos teníamos bien presente que, en fechas bastante próximas, se habían producido en la zona ametrallamientos de pesqueros españoles, en algunos casos con víctimas mortales entre sus tripulaciones.

Allí estaba yo, a doce millas de la costa de Argelia —no se había inventado todavía el GPS y las distancias no podían medirse con la exactitud con la que se determinan hoy— cuando un patrullero argelino se puso a mi costado. ¿Quién sabe si su comandante pensaba que mis doce millas eran solo once y media? ¿Quién sabe de qué parte estaba la razón? Lo que sí recuerdo es que, sin intercambiar palabra alguna, cada uno tomó las medidas necesarias para preparar nuestros buques para el combate, de forma suficientemente visible para que resultara disuasoria, pero no tan rápida como para que pareciera amenazante. Ninguno deseaba crear en el otro la impresión de que necesitaba defenderse con un ataque preventivo.

Afortunadamente, como ocurre casi siempre en la mar, prevaleció el buen sentido y no hubo nada que lamentar; pero en las horas posteriores —se hacen largas las singladuras en los buques pequeños— no pude menos que reflexionar sobre lo ocurrido.

Aficionado a la historia natural, me imaginé haber actuado como lo habría hecho un lobo.Y no estaba pensando en el irreal lobo egoísta y malvado que inspiró a Hobbes su famoso «Homo homini lupus», sino en el de verdad. El lobo que gruñe, eriza el pelo y enseña los dientes a sus rivales, no porque quiera pelear con ellos sino al contrario, porque prefiere defender sus intereses por medio de la amenaza —eso es lo que los militares llamamos disuasión— a correr el riesgo de perder la vida en un combate de resultado incierto.

Fue preciso esperar mucho tiempo, pero la vida terminó enseñándome que aquella impresión —la de sentirme un lobo entre los lobos, solo ante el peligro— no era sino un error de juventud. Aprendí esa útil lección en el verano del 2008 cuando, con los galones de contralmirante recién cosidos en la bocamanga y al mando de la Fuerza Naval Permanente Número 1 de la OTAN —SNMG1 por sus impronunciables siglas en inglés—, me encontré en el mar Negro poco después de que el presidente Putin diera la orden de invadir Georgia.

Aquella guerra duró solo cinco días, que fueron insuficientes para que la Alianza Atlántica consiguiera acordar una postura común sobre lo ocurrido. No todos los Gobiernos culpaban a Putin del conflicto y en la OTAN, como es bien sabido, rige la regla de la unanimidad. Entre las declaraciones

contradictorias de los mandos de la Alianza y las poco creíbles amenazas de los rusos, no era fácil entender cuál era nuestro papel; pero sí recuerdo que, mientras estuvimos en el mar Negro, los movimientos de la SNMG1 estuvieron en todo momento controlados por los cuarteles generales aliados. Como si, en vez de lobos defendiendo sus intereses, fuéramos meros peones sobre un tablero que ni siquiera necesitábamos comprender del todo.

¿Y en tierra? Allí la cosa fue aún peor. Tuve que dar una rueda de prensa en Constanza, el gran puerto de Rumanía. Previendo que habría periodistas de muchos países —nuestra presencia allí había despertado cierta expectación en los medios internacionales; no así, sorprendentemente, en los españoles—solicité instrucciones al Cuartel General de Northwood. La respuesta que recibí consiguió sorprenderme: me ordenaban explicar que estábamos en el mar Negro en una visita de rutina programada con antelación —lo que era cierto—, pero que «procurara no ser demasiado convincente».

Como San Pablo, caí en ese momento de mi ficticio caballo y se me reveló una oculta verdad, en mi caso desde luego profana: no era yo el lobo. Nunca lo había sido. Tampoco lo era el almirante británico que me había dado aquella peculiar instrucción, quizá destinada a sembrar en el Kremlin la duda sobre si una OTAN dividida se desentendía o no de lo que ocurría en el otro extremo del mar Negro. Ni siquiera podía imaginar como un lobo al todopoderoso y lejano SACEUR, el Comandante Supremo Aliado.

Tirando del hilo hacia arriba —del secretario general de la OTAN a los Gobiernos y, al final, a las opiniones públicas de los países aliados— entendí con claridad que el verdadero lobo de la metáfora es la sociedad de la que tanto el lector como yo mismo formamos parte. Un lobo que, ya sea por convicción o por miedo, casi siempre quiere ser prudente y que, como el animal al que imitamos, aspira a defender sus intereses sin tener que luchar por ellos. ¿Y los militares? Los ejércitos somos, si acaso, los dientes del lobo. Si se enseñan entre los labios, las más de las veces es para que no sea necesario morder con ellos.

¿Funciona la disuasión? La mayoría de las veces, sí; pero no todas. Ni siquiera los verdaderos lobos, maestros en este arte, son capaces de evitar que en ocasiones corra la sangre. Para ellos, todo el proceso forma parte del juego de la evolución, un mecanismo que selecciona a los más aptos para seguir adelante. Para nosotros...; qué coincidencia!, quizá también.

Mueren los lobos, caen las civilizaciones y, mientras en los medios se habla de los tambores de guerra que retumban no demasiado lejos de nuestra patria, los dientes de la sociedad española están desplegados en las fronteras terrestres, marítimas y aéreas de la Alianza Atlántica para defender nuestras libertades políticas —entre las cuales está la de escoger a nuestros socios y aliados— y, sobre todo, para evitar una confrontación directa con la Rusia de Putin. Es una postura valiente y, en el más auténtico de los sentidos, pacifista. Y en esta ocasión funcionará, porque detrás de esos dientes estamos todos los aliados. Desde el morro hasta la cola.

No siempre ocurre así. A veces, los lobos más prudentes prefieren agachar las orejas y ceder el paso a otros más agresivos, con más hambre o con menos que perder. Así sucede estos días en el mar Rojo, donde los rebeldes hutíes que controlan parte del Yemen se han arrogado el derecho de atacar a los buques mercantes cuyas rutas pasan por el canal de Suez, mientras España y otras naciones prefieren mirar para otro lado. Flaco servicio a la causa de la paz.

Ante cualquier agresión —la de los hutíes indudablemente lo es, pero no es la única— siempre existe la tentación de no hacer nada. Una opción que a veces resulta atractiva, al menos a corto plazo; pero que suele ser contraproducente, porque casi siempre da razones al agresor para seguir adelante. El lobo que no gruñe cuando debe hacerlo termina perdiéndolo todo. Y esa posibilidad no solo amenaza al lobo español, sino también al europeo.

Donald Rumsfeld, el poco diplomático secretario de Defensa del presidente Bush en el 2003, hablaba con cierto desprecio de la vieja Europa, a la que suponía incapaz de tomar las armas en defensa de sus intereses. Puede atribuirse tan negativa valoración a la frustración que le produjo el justificado rechazo a la invasión de Irak en casi todas las capitales europeas. Pero no me parece tranquilizador que, desde una ideología diametralmente opuesta y por razones bien diferentes, Josep Borrell, alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, a menudo coincida en el diagnóstico.

Hay ocasiones en las que el fin justifica los medios. ¿Contribuye esa actitud a menudo pasiva de España o de Europa a construir un mundo mejor? Tiempo habrá, a lo largo de las páginas de este libro, para discutir este asunto. En este momento, y para cerrar una introducción que ya se hace larga, prefiero plantear al lector otras preguntas, de carácter más general.

¿Tenemos los españoles los dientes que necesitamos o hay huecos en nuestra dentadura que restan credibilidad a la disuasión? En ninguna revista verá el lector fotografías de lo que no tenemos, pero la guerra de Ucrania ha sacado a la luz algunas de nuestras carencias, que seguramente no habrán pasado desapercibidas a quienes nos disputan nuestro lugar bajo el sol.

¿Asustarán a los lobos del este y a los del sur nuestros dientes, mellados como están por la escasez de recursos —y también, aunque se hable menos de ello, por el déficit de atención— que hemos sufrido en las dos últimas décadas?

Más importante aún, ¿detrás de esos dientes hay una sociedad capaz de mostrarlos, de erizar el pelo y de gruñir de forma disuasoria a quien quiera amenazarnos? Porque, no nos engañemos, a España no la defienden las fragatas o los carros de combate, sino los españoles. ¿Somos todavía capaces de alinearnos detrás de una causa justa o preferimos vivir en una nación desarmada moralmente, que ceda a otros pueblos la responsabilidad de decidir el camino que ha de seguir la humanidad?

Abusando de la paciencia del lector, trataré en este libro de arrojar algo de luz sobre estas complejas cuestiones; pero nadie debería olvidar que las respuestas que verdaderamente importan no son las que están en estas páginas, sino las que cada uno pueda encontrar en su propio corazón.

# Primera parte

# La herencia envenenada

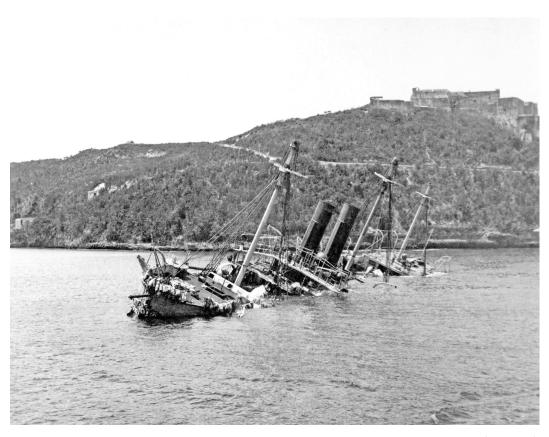
«Los españoles tienen el derecho y el deber de defender a España». Constitución española, artículo 30

«El tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra».

MIGUEL DE CERVANTES, El Quijote

su propia dotación en Santiago de Cuba en 1898, plantea a los españoles un debate que continúa pendiente. Con los buques del almirante Cervera se hundió nuestra autoestima. nuestra fe en nuestro destino como nación y nuestra voluntad de vencer, sin la cual todo ejército está irremediablemente derrotado. Incluso guienes han olvidado lo que allí ocurrió, o guienes nunca lo han sabido, comparten la misma herencia envenenada. Desde aquel triste momento de nuestra historia, España se replegó en sí misma y el mundo pertenece a otras naciones. Son otros pueblos los que deciden lo que debe hacerse en Ucrania, en Gaza o en el mar Rojo. Con o sin nosotros. Pero han pasado ya más de 120 años de la derrota que nos expulsó de los mares y, de rebote, de la historia de la humanidad. Es hora de que los españoles nos preguntemos si esa es la actitud que conviene a la España del siglo xx, o si ha llegado el momento de que quienes en nuestro país no gueremos abandonar el buque nos esforcemos por reflotarlo.

Esta fotografía del crucero Reina Mercedes, hundido por



(US Army).

# LOS PODERES DEL CARDENAL CISNEROS

Cuenta la leyenda que el cardenal Cisneros, que ejercía como regente de Castilla a la muerte de Fernando el Católico, recibió a un grupo de nobles que cuestionaban los poderes que le legitimaban para gobernar. Cisneros llevó a los descontentos a una ventana de su palacio y, señalando a los cañones de un batallón de artillería que formaba en el patio, les dijo: «Estos son mis poderes».

En los comienzos del siglo xVI, el argumento de Cisneros debió de haber resultado bastante convincente. Con los poderes que mostró a los nobles, retuvo el poder en Castilla hasta la llegada de un joven Carlos I, a quien lealmente entregó el gobierno sin siquiera llegar a encontrarse con él.

Quizá el éxito de este precedente inspire a muchos españoles que, cinco siglos después, todavía razonan como el buen cardenal. Son los que creen que los poderes de España se encuentran en los listados de la última edición del *Military Balance*. A riesgo de perder su atención, he de decirles que están equivocados.

La lógica de Cisneros, atractiva en su simplicidad y casi correcta en su época —para estar completa, habría debido enseñarles también a los nobles el cofre del dinero necesario para pagar a las tropas—, ha quedado desfasada. Las cosas ya no son así.

Los cañones de antaño se han convertido en una panoplia de armamento sofisticado con el que nadie habría podido soñar hace quinientos años. Hoy tenemos aviones, buques, vehículos blindados, satélites y drones. Somos capaces de dominar no solo el espacio físico sino también el virtual. Las

grandes potencias tienen, además, misiles balísticos intercontinentales y armas nucleares capaces de destruir el planeta. Y, sin embargo, todo parece menos intimidante que en el pasado. No me puedo imaginar a los nobles castellanos cantando a coro el *No nos moverán* que estaba de moda en mi juventud; pero sí a los descontentos de hoy contestando al cardenal Cisneros como lo hacía mi hija de dos años cuando yo la amenazaba con castigos horribles si no recogía sus juguetes: «Pues no me importa».

Más armamento pero menos poder. ¿Cómo explicar la aparente contradicción? Hay, qué duda cabe, un desfase en la evolución de los dos elementos en los que se sustanciaba la amenaza del cardenal: los propios cañones y la voluntad de usarlos.

El progreso de la humanidad en el campo armamentístico, particularmente en el último siglo, está salpicado de hitos increíbles en el campo de la ciencia y en el de la tecnología; pero, a pesar de lo mucho que han evolucionado los primitivos cañones de avancarga, más ha cambiado el mundo que los rodea. En lugar de un indomable cardenal que sabemos capaz de cualquier cosa, detrás de los modernos cañones hay una voluntad mucho más débil, limitada por condicionamientos legales, éticos o políticos. Es de esa voluntad, no de los cañones, de lo que dudamos. Y en esa duda está el origen de muchos de los conflictos del mundo contemporáneo.

¿Qué habría dicho Ho Chi Minh, el alma de la insurgencia vietnamita, si primero Francia y luego los Estados Unidos le hubieran mostrado su poderoso armamento para hacerle desistir de lo que para él era una guerra de liberación nacional? ¿Se habría mostrado tan impresionado como los nobles castellanos ante Cisneros? Es, desde luego, una pregunta retórica. Conocemos la respuesta.

El coronel Summers, un militar norteamericano que participó en conversaciones con líderes vietnamitas en 1975, nos dejó escrito este diálogo que, a primera vista, parece de los hermanos Marx:

- -Ustedes saben que nunca podrán vencernos en una batalla.
- —Puede ser, pero eso es absolutamente irrelevante.

¿Cómo entender este aparente despropósito? El propio Ho Chi Minh nos dio la clave cuando dijo: «Por cada diez de los nuestros que matéis, nosotros mataremos a uno de los vuestros. Y al final vosotros os cansaréis antes». Tenía razón.

Cosas así no solo ocurren en Vietnam. Resulta difícil saber en qué piensan los líderes de Hamás cuando ven los carros de combate israelíes, o qué tienen en la cabeza los rebeldes hutíes cuando desafían a los buques nortea-

mericanos y británicos en el mar Rojo. Desde luego, no están pensando en los cañones de ningún cardenal. Tampoco en los que, mucho más sofisticados, figuran detallados en el *Military Balance*.

Ni siquiera cuando se trata de un conflicto de carácter convencional, un enfrentamiento entre dos ejércitos regulares como el que se da en la guerra de Ucrania, podemos establecer una equivalencia directa entre armamento y poder militar. Con el *Military Balance* en la mano, nadie habría dicho hace dos años que el Ejército ruso, depositario del legado militar del Pacto de Varsovia, no iba a ser capaz de entrar en Kiev.

#### La trinidad de la guerra

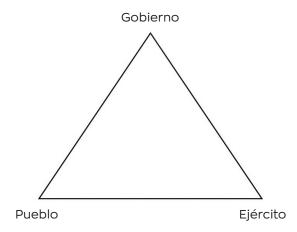
Entre la Castilla de Cisneros y la España del siglo XXI hay algunas diferencias fundamentales. El antiguo reino peninsular, unido a los demás que hoy forman España, se ha convertido en nación. El monarca, hoy constitucional, ha devuelto la soberanía al pueblo. El cardenal, como hemos comentado, ya no está solo con sus cañones frente a la desafiante nobleza. Ahora los actores son—somos— muchos más. Entre ellos estamos el lector y yo mismo. Nuestra opinión importa —aunque, reconozcámoslo, solo sea un poquito— y por eso quiero creer que el diálogo que mantendremos a través de las páginas de este libro no es tan irrelevante como lo fueron las batallas en Vietnam.

Lo mismo que en España ocurre, en mayor o menor grado, en todos los países del mundo. Son tantos los factores que tienen que sopesar quienes aspiran a interpretar el papel de Cisneros que sus decisiones se hacen impredecibles. Y esa incertidumbre es mala para la causa de la paz, porque debilita la disuasión. No supimos adivinar que Vladimir Putin, el combativo presidente de Rusia, iba a invadir Ucrania antes de que sus carros de combate cruzaran la frontera; y todavía hoy hay quien no sabe bien por qué lo ha hecho. No sabía el líder ruso si Zelenski, su rival ucraniano, resistiría o aceptaría el exilio. Nadie sabe hoy si los EE. UU. seguirán apoyando a Ucrania o se cansarán de hacerlo más pronto o más tarde. Quizá la única excepción a esta regla sea Corea del Norte, donde uno sí puede imaginarse situaciones parecidas a la protagonizada por nuestro admirable cardenal.

Los lectores de Clausewitz —si es que existe alguno, porque les aseguro que su prosa es pesada, mucho más fecunda que el modesto ensayo que tienen ahora entre las manos, pero también más árida y difícil de seguir— recordarán su teoría sobre la «trinidad de la guerra». Para quienes no la hayan

estudiado —yo tuve que hacerlo en el curso de Estado Mayor— la resumiré en breves líneas. El poder militar, según el pensador prusiano, no depende solo de los cañones que uno pueda tener a su disposición, sino de la fortaleza de un triángulo en cuyos vértices se encuentran Gobierno, pueblo y Ejército.

#### Trinidad de la guerra



Con estos tres actores, el análisis de las capacidades militares de cualquier nación deja de ser lineal —suma, como hemos dicho, de los cañones y la voluntad del cardenal de usarlos para alcanzar sus objetivos— y se vuelve tridimensional. Cada vértice, cada lado del triángulo, representa vulnerabilidades que podemos aprovechar o amenazas de las que tenemos que protegernos. Si leemos mal unas u otras, ya sea en el triángulo que representa nuestro poder militar o en el del enemigo, tomaremos decisiones erróneas.

Esta multiplicidad de dimensiones es lo que hace que la guerra sea hoy tan dificil de analizar. Hasta el presidente ruso —un antiguo espía que se tiene a sí mismo por astuto estratega— parece haberse equivocado. Y, con él, millares de analistas en todo el mundo. El tiempo dirá cuál es el final de su aventura, pero ya podemos asegurar que ni el Ejército ruso era tan peligroso como prometía el número de sus cañones, ni el ucraniano era tan débil como sus muchas carencias nos hacían creer.

¿Cómo entender, por poner otros ejemplos, lo que ocurre en la franja de Gaza, donde el poderoso Israel no termina de imponer la razón de la fuerza sobre los milicianos de Hamás; o el fracaso del inmenso poder militar de los EE. UU. en Vietnam; o por qué la Unión Soviética primero y la OTAN después tuvieron que salir de Afganistán sin haber alcanzado sus objetivos políticos o militares? Teniendo en mente el esquema de Clausewitz es más fácil encontrar respuestas para todas estas preguntas.

#### Gobierno, Ejército y pueblo

Por portentosos que sean sus cañones, el poder militar de una nación moderna puede hacer agua por cualquiera de los vértices del triángulo. El Gobierno —cualquier Gobierno— puede cometer errores estratégicos que hagan fracasar sus empresas militares. El más grave de ellos, según el propio Clausewitz, es el no entender el tipo de guerra en que sus decisiones van a embarcar a su nación. No sabemos si comprendía Putin lo que podía ocurrir si el régimen de Kiev no tiraba la toalla tras la primera acometida, o si fiaba toda su estrategia a la hipotética huida temprana de Zelenski. Tampoco si el presidente Bush era consciente de que, después de derribar a Saddam Hussein, tendría que llenar el vacío de poder a que daría lugar la caída del dictador. O lo que creía la OTAN que iba a ocurrir en Libia tras la muerte de Gadafi.

También puede fallar el segundo vértice, el que corresponde a los ejércitos. La historia demuestra que los pensadores militares se han equivocado con mucha frecuencia al valorar la preparación que necesitarían sus fuerzas para la siguiente guerra, confundiéndola con la anterior. Instituciones casi siempre conservadoras, los ejércitos se han mostrado a menudo insensibles al cambio. Los hemos visto mantener más allá de toda lógica doctrinas de combate caducadas, confiar en estructuras de mando obsoletas, despreciar la ciencia de la logística, leer mal las intenciones del enemigo o planear las operaciones militares sobre datos falseados por la *niebla de la guerra*. Todos estos errores los cometió a la vez —estableciendo un récord dificil de igualar— el Ejército francés en la Segunda Guerra Mundial, y muchos de ellos el Ejército ruso en Ucrania.

Permita el lector que le recuerde un episodio de la excelente serie británica *Blackadder*, titulada en España *La víbora negra*. Durante la Gran Guerra, un general británico le dice a su ayudante:

- —Tengo un plan secreto para asaltar las trincheras del enemigo.
- -¿Cuál es? -pregunta intrigado el oficial.



Quienes entienden el conflicto bélico como una partida que se juega solo con cañones son como los aficionados a los naipes que no conocen más juego que el de la carta más alta. La trinidad de la guerra es el sota, caballo y rey —qué casualidad, otra trinidad— de la estrategia. Expuestos sobre sus vértices —Gobierno, pueblo y Ejército— se visualizan mejor conceptos tan complejos como los de guerra híbrida, terrorismo, desinformación y propaganda. (Jugadores de naipes, Museo del Prado).

- —Después de un bombardeo artillero, y a toque de silbato, saltaremos de nuestras trincheras todos a la vez y atacaremos a la bayoneta.
- —Pero, mi general, eso ya lo hemos hecho trece veces y hemos fracasado —se atreve a decir el ayudante.
- —Claro —contesta el general—. Precisamente por eso no esperarán que lo hagamos una vez más.

Una parodia así no tendría ninguna gracia si no nos recordara tanto a lo que de verdad ocurrió en la Primera Guerra Mundial... y sigue ocurriendo en el frente ucraniano.

El pueblo, por último —y esto lo digo yo, no Clausewitz, porque no era así en la época en la que vivió el militar prusiano—, es el verdadero centro de gravedad del triángulo. No en la Rusia de Putin, desde luego, pero sí en los países democráticos como el nuestro. Sin embargo, su actitud es imprevisible. Puede unirse frente a un enemigo exterior, como hicieron los españo-

les en nuestra Guerra de la Independencia a pesar de las derrotas sufridas contra los franceses en campo abierto, o desmoralizarse por cualquier contrariedad y dejar de creer en la causa nacional. Esto último es lo que les ocurrió a rusos y alemanes en la Gran Guerra. Y todavía fue peor la respuesta de la sociedad norteamericana a los fracasos militares en la larga guerra de Vietnam. La derrota final se hizo más dura —y adquirió el carácter de trauma nacional— cuando muchos ciudadanos estadounidenses eligieron mostrar su rechazo a la guerra dando la espalda a los soldados, muchos de ellos de reemplazo, que volvían vencidos del campo de batalla.

#### Los pies de barro del poder militar

Por si los tres vértices que hemos analizado no fueran suficientes, el poder militar de las naciones modernas también puede debilitarse por las fisuras que suelen aparecer en cualquiera de los lados del triángulo, que representan las complejas relaciones que el Gobierno, el pueblo y las Fuerzas Armadas mantienen entre sí.

En las democracias occidentales, el Gobierno es elegido por el pueblo y responde ante él. Necesita la confianza de los votantes, pero debe resistir la tentación de complacerlos con cada una de sus decisiones. No es de líderes el gobernar con las encuestas de opinión en la mano —incluso si son encuestas no manipuladas, que no siempre es el caso— y el poder militar exige, más que cualquier otra cosa, liderazgo.

Por su parte el pueblo, que es soberano, debe exigir a sus gobernantes —incluso si son del partido al que ha votado, lo que no suele ser el caso— y solo puede hacerlo si tiene criterio sobre lo que quiere conseguir. El único ingrediente que puede facilitar esta difícil relación, en sus dos direcciones, es la Cultura de Defensa, tan necesaria para la paz como para la guerra. Por desgracia, esa es una de las asignaturas pendientes de los españoles. Tiempo habrá de tratar este asunto con mayor detalle.

La relación entre Gobierno y Fuerzas Armadas parece la más sencilla de las tres, mas no siempre lo es. A los militares se les pide disciplina y lealtad y se les forma para que respondan a estas exigencias. Pero, frente a esa línea recta, existen caminos peligrosos que los Gobiernos pueden tratar de recorrer para dejar a un pueblo apático al margen de los asuntos bélicos. El caso más extremo se produce cuando se confía la suerte de la nación a mercenarios sin valores, como ocurrió en Rusia con el grupo Wagner.

Nunca es bueno que las Fuerzas Armadas, impulsadas por ese espíritu de cuerpo que se cultiva para que puedan dar lo mejor de sí mismas en las situaciones más difíciles, cedan a la tentación de mirar a sus conciudadanos por encima del hombro y se conviertan en una casta. Existe el riesgo de que, en un momento dado, la institución militar, alejada de la sociedad, no luche por su patria sino por sí misma. Cuando las fuerzas son mercenarias, ese riesgo se convierte en certeza: inevitablemente, llegará el momento en el que sus comandantes encontrarán más provechoso y menos arriesgado rebelarse contra su Gobierno que combatir al enemigo.

Prigozhin, el dueño de la compañía Wagner, no inventó nada que no practicaran con regularidad los pretorianos en el Imperio romano. Creados para proteger al emperador, pronto adoptaron la costumbre de reemplazarlo a su conveniencia y, en ocasiones, llegaron a vender el trono al mejor postor. Aunque el imperio sobreviviría por un tiempo a tan desleales guardianes, ese fue el fin de la grandeza de Roma.

Pero volvamos al siglo XXI. Para corresponder a la disciplina de sus soldados profesionales —que no mercenarios— un Gobierno sabio pone su confianza en ellos, escucha su consejo y los hace partícipes de sus decisiones. Si es cierto que, como se atribuye a Clemenceau: «La guerra es un asunto demasiado serio para dejarla en manos de los militares», también es demasiado compleja para que los profesionales de la milicia se queden fuera de los círculos donde se toman las decisiones. Algo que, créanme, no sería la primera vez que ocurriera. Casi siempre, con malos resultados.

#### Ejército y sociedad

Nos queda por tratar el último lado del triángulo, la relación entre pueblo y Ejército; pero eso es algo que no me siento capaz de hacer sobre una figura geométrica. Yo no soy prusiano, sino español. Por carácter y por historia —he sentido en mis carnes cómo ha ido cambiando la opinión de muchos de mis compatriotas en las últimas cinco décadas, pero no de todos— necesito un modelo menos matemático y un poco más estimulante para inspirarme. Por eso, ruego al lector que me disculpe si vuelvo al lobo que protagonizó la introducción. Procuraré no hacerle perder demasiado tiempo.

La sociedad se sirve de sus militares para alcanzar algunos de sus objetivos nacionales. Lo mismo hace el lobo con sus dientes. Es obvio que la relación no podría funcionar si pueblo y Ejército no se sintieran parte del mismo lobo.

Nosotros llamamos nación a lo que nos une; pero los lobos carecen de nuestra capacidad de abstracción. Más apegados a la realidad, si ellos pudieran hablar quizá entenderían mejor la palabra manada. Y, hablando de manadas, no puedo dejar de recordar al lector uno de los poemas del conocido *Libro de la selva*, del británico Rudyard Kipling, que en torpe traducción al castellano dice así:

Como la enredadera rodea al tronco, la ley de la manada viene y va. Porque el lobo da fuerza a la manada y la manada al lobo fuerza da.

En la España que yo he vivido, y crea el lector que lo digo con pena, no siempre nos hemos sentido de la misma manada los militares y los civiles. Hay razones históricas que explican tal anomalía, como las hubo en la Norteamérica posterior a la guerra de Vietnam; pero —y en este asunto no puedo menos que admitir que Clausewitz tenía tanta razón como Kipling y los lobos— esa no es forma de ir a la guerra.

Vea pues el lector, antes de que se canse de este largo capítulo, que por mucho que nos apasionen los cañones no se puede hablar de verdadero poder militar sin hacerlo de historia, de Cultura de Defensa, de valores y de Conciencia Nacional. Abusando de la paciencia de quienes quieran seguir leyendo —no me ofenderé si usted no lo hace, porque no habrá forma alguna de que yo lo sepa— dedicaré a estos complejos asuntos los próximos capítulos de este libro.

## LA ESPAÑA ACOMPLEJADA

Somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos. Esta es, probablemente, la frase más redonda de las que tenemos los militares a nuestra disposición para fomentar entre nosotros el espíritu de cuerpo y el legítimo orgullo de formar parte de una unidad de glorioso historial. Sin estos sentimientos, la calidad de los combatientes se resiente. Llegado el momento de la verdad, los soldados luchan junto a sus compañeros y arriesgan su vida por ellos. Sobre todo, por ellos. Necesitan creer que merece la pena.

El soldado español no es una excepción. Así lo reconocen las Reales Ordenanzas del 2009, el renovado código ético de los militares, cuyo artículo 22 nos impone, como una obligación más, la de sentirnos orgullosos de la unidad a la que pertenecemos. Nosotros también somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos; pero ¿qué resultaría de aplicar desapasionadamente esta frase a España y a quienes tienen el derecho y el deber de defenderla? ¿Quiénes somos los españoles? ¿Quiénes fuimos?

En nuestras raíces hay de todo. Hay reyes ejemplares, como Jaime I el Conquistador o Fernando III el Santo, y monarcas sin honor ni palabra, despreciados por la mayoría de los historiadores, como Enrique IV el Impotente —apodo que solo usarían a sus espaldas, supongo— o Fernando VII. Hay héroes legendarios, como don Pelayo y el Cid Campeador, y villanos que les dan cumplida réplica en las leyendas, como Bellido Dolfos o el conde don Julián. Hay soldados sin tacha como el Gran Capitán, Alejandro Farnesio o Álvaro de Bazán, al lado de otros tan desafortunados como el duque de Medina Sidonia o el general Silvestre, muerto quizás por su propia mano tras el desastre de

Annual. Hay santos y pecadores, sabios e ignorantes, verdaderos patriotas y quienes solo miran por sus intereses. Hay sobre todo, mucho más que ninguna otra cosa, españoles anónimos que han vivido sus vidas en un punto intermedio, muy lejos de los extremos que sobresalen entre la niebla de la historia.

Si esas son las raíces, ¿qué decir del tronco y de las ramas? ¿Vive todavía el árbol del que Arnold J. Toynbee, uno de los más prestigiosos historiadores británicos del siglo xx, escribió que cobijaba a todas las naciones de la tierra\* o se ha secado, ahogado por las malas hierbas que cada día siembran quienes reniegan de nuestro pasado?

Hoy está de moda cuestionar el papel de España en el mundo. Parece que no solo tenemos que lamentar nuestros fracasos, sino también pedir perdón por nuestros éxitos. Entre tales extremos, se extiende el sentimiento de que, sometidos al juicio inapelable de la historia, no hemos dado la talla como pueblo. Vemos nuestras derrotas como el resultado inevitable de la torpeza de quienes nos precedieron, y nos sentimos obligados a renegar de las victorias de Hernán Cortés o el duque de Alba, como si tuviéramos que avergonzarnos de ellas.

Detrás de una actitud así hay, aunque desde luego no estén solos, intereses extranjeros. Pasados y presentes. La lucha contra el Imperio español, que está en la raíz de nuestra leyenda negra, ha perdido buena parte de su razón de ser, pero sus efectos no han desaparecido del todo.

Por más que el enfrentamiento bélico con la Inglaterra de la reina Isabel o la Francia de Richelieu haya dado paso a una competencia económica y política de carácter más global y mucho menos sangriento, aún se siguen regando las tierras fértiles en las que crece un desprecio con resabios racistas por lo hispano. Un desprecio que no solo tiñe de parcialidad los ensayos de intelectuales faltos de ideas y ávidos de notoriedad, sino que llega a la opinión pública a través de vehículos mucho más accesibles, donde no se exige rigor alguno.

<sup>\*</sup> Aunque he prometido no abusar de las notas a pie de página, no puedo resistirme a reseñar en su idioma original las rotundas palabras que el británico dedicó a los exploradores y navegantes ibéricos: «These Iberian pioneers performed an unparalleled service for Western Christendom. They expanded the horizon, and thereby potentially the domain, of the society they represented until it came to embrace all the habitable lands and navigable seas of the globe. It is owing in the first instance to this Iberian energy that Western Christendom has grown, like the grain of mustard seed in the parable, until it has become «the great society»: a tree in whose branches all the nations of the Earth have come and lodged».

No es de extrañar, pues, que en el cine, un medio dominado por los anglosajones y con enorme influencia en la cultura popular, nos toque casi siempre representar el papel de villanos. Y cuando son españoles los autores de las películas históricas, que podrían dar una visión alternativa a la anglosajona, a menudo es peor. Lo épico se vuelve cutre y los héroes se convierten en canallas, tan ridículos en los valores que les hicieron pasar a la historia como en los defectos que, desde la perspectiva que dan los siglos, podemos reprocharles.

Pero los ataques a nuestra historia no vienen solo desde fuera. También entre nosotros hay quien se beneficia minando nuestras raíces. Por un lado, lo hacen los movimientos nacionalistas, que buscan crear identidades históricas alternativas a la española para que sus líderes, que prefieren ser cabeza de ratón a cola de león, puedan medrar personalmente, satisfacer su ambición o desfogar su odio. Sus armas: la exageración y la mentira, son las mismas que las de la leyenda negra —y de la leyenda rosa que la ha combatido— pero con un matiz tragicómico que nunca deja de sorprenderme.

Cuando ellos niegan que España sea, en la contundente pero equivocada frase de José Antonio Primo de Rivera, «una unidad de destino en lo universal», \* no lo hacen para defender que las naciones son construcciones humanas y deben ser lo que quieran sus gentes, sino para dar ese mismo carácter providencial y extemporáneo a Cataluña, Galicia o Euskadi. Un carácter que, desde luego, sirve para justificar la indivisibilidad que niegan a la propia España. Ninguno de los líderes del independentismo aceptaría jamás un referendum para la separación e integración en otra autonomía de un solo metro cuadrado de su territorio.

Además de los nacionalistas, hay otros personajes que a la caza de votos, de influencia o de *likes* en las redes sociales —así de vanidosos somos los seres humanos— se apresuran a abrazar cuanta causa pueda dañar nuestras raíces o proyectar sombras sobre nuestro pasado. Entre ellos están quienes eliminan de nuestros callejeros los nombres de marinos ilustrados como Churruca o Gravina; quienes publican ensayos condenando a Isabel la Católica o a Hernán Cortés por no haberse ajustado a valores que la humanidad no desarrollaría hasta siglos después; quienes protestan en la calle cada doce de octubre por el papel que España desempeñó en la historia del mundo

<sup>\*</sup> A mí me parece que tal definición encaja mucho mejor con nuestro planeta que con nuestra patria. Es en la tierra donde, queramos o no, viajamos todos juntos por el universo. Ninguno debiéramos olvidarlo.

y quienes, siguiendo modas nacidas al otro lado del Atlántico, se manifiestan cada año pidiendo la retirada del monumento a Colón en Barcelona.

El tiempo pondrá a todas estas personas en su lugar, gentes pequeñas entre gigantes. Incapaces de construir nada que pueda perdurar, se conforman con destruir lo logrado por quienes cambiaron el mundo, por quienes han contribuido a crear la civilización que les permite expresar su insatisfacción por la herencia recibida al mismo tiempo que se benefician de ella. Pero a ellos poco les importa lo que diga la historia. Terminada la manifestación, y con ella su minuto de gloria, se marchan a tomar una cerveza a un bar, tan satisfechos de su peligrosa aventura ciudadana como el propio almirante de cada uno de sus viajes.

#### Una desafortunada coincidencia

Sobre todos los imperios termina poniéndose el sol. Asirios y babilonios, griegos y persas, romanos y carolingios, bizantinos y otomanos pueden dar fe de ello. El Imperio español —que existió de facto, aunque casi siempre utilicemos otras expresiones para referirnos a él— no podía ser una excepción. Como tampoco lo fue el británico ni lo será el norteamericano, que ya puede sentir el aliento de China en su cogote.

Por más que sea tan inevitable como la propia muerte, el ocaso de un imperio siempre es triste para quienes tienen que sufrirlo en sus carnes; pero, en el caso del Imperio español, además de triste fue inoportuno.

El siglo XIX, el período histórico en el que España se encerró en sí misma después de perder sus preciadas Indias, fue el más crítico en la historia de Europa. Poco a poco y sin seguir una línea completamente recta, los reinos europeos se fueron convirtiendo en naciones tal como hoy las entendemos. La soberanía pasó de los reyes a los pueblos. Ya es mala suerte que, mientras en Francia, Italia o Alemania nacían poderosas las identidades nacionales, España viviera un siglo para olvidar.\*

<sup>\*</sup> Mucho más comedido que yo, pero con el peso de su enorme prestigio como historiador, así lo resume Fernando García de Cortázar en su *Breve historia de España*: «Si el xvIII fue el siglo de la Ilustración, el xIX podría definirse como la centuria del desarrollo económico y social de las naciones del Occidente europeo. En España, sin embargo, el balance resulta menos alentador, ensombrecido por las guerras civiles y el ocaso del imperio ultramarino».

La primera piedra de este proceso la colocó la Revolución francesa en 1789, que si a todas las monarquías europeas del momento las puso a la defensiva, a la nuestra la cogió con el pie cambiado. Francia había sido nuestro aliado durante todo el siglo XVIII y, aunque rara vez había sido una relación entre iguales, los Pactos de Familia entre los Borbones a ambos lados de los Pirineos nos habían permitido contener la rapacidad de la Gran Bretaña, siempre ávida de apoderarse de nuestras tierras del otro lado del Atlántico. En la última guerra librada contra ellos, la de la Revolución norteamericana, habíamos conseguido recuperar Menorca y las Floridas, quedando Gibraltar como la única pérdida española en todo un siglo de conflictos.

La Revolución francesa descabezó, a menudo en el más literal de los sentidos, a la Marina francesa, nuestra aliada. Arruinó además la hacienda de España en la desastrosa guerra del Rosellón. En tales circunstancias, la mar por la que clamó quien fue el mejor estadista del siglo, el marqués de la Ensenada, quedó en manos de Gran Bretaña. Por muchos años.

Por si eso fuera poco, nuestra derrota ante los revolucionarios nos arrastró al lado oscuro de la historia. Fue preciso renovar la alianza con los franceses cuando ya no había Borbones al otro lado de los Pirineos para justificarnos. Mientras Europa se rebelaba contra Napoleón, un genio militar incomparable a quien solo derrotó su desmedida ambición, la triste España de Carlos IV y Godoy le daba apoyo con lo que no tenía: hombres, buques y recursos.

Si hubo un momento en el que España pudo unirse a las corrientes europeas y volver a levantar el vuelo, ese fue la Guerra de la Independencia. Había sido el propio emperador quien nos había obligado a cambiar de bando en el conjunto de guerras que los historiadores llaman Napoleónicas.

No fue —ninguna lo es del todo— una guerra limpia. Había afrance-sados en nuestra nación, como hay partidarios de Putin en la Ucrania de hoy; pero la mayoría de los españoles se levantó contra el francés y, como bien saben los discípulos de Maquiavelo, las guerras unen a los pueblos. Parecía despertar en España esa conciencia nacional que en toda Europa empezaba a florecer. Como botón de muestra, ninguno mejor que el artículo primero de la Constitución de 1812: «La nación española es la reunión de los españoles de ambos hemisferios».

Mas la suerte seguía sin estar de nuestra parte. Fernando VII, el Deseado, resultó ser un felón. La Constitución de 1812 fue abolida por el rey en cuanto recuperó la corona. Como las desgracias nunca vienen solas, entre la guerra contra el francés que arruinó a la Hacienda, el sacrificio de la Armada a las

necesidades de la contienda y los vaivenes entre absolutistas y liberales que desconcertaron a los realistas en América y al Ejército en España, no quedó nadie que pudiera impedir la independencia de los virreinatos americanos.

En 1833 murió Fernando VII. Podría haber sido el momento de comenzar de nuevo. Mucho peor estaba por las mismas fechas la península italiana y allí fue posible unir al pueblo en torno a una idea redentora; pero no ocurrió lo mismo en España. Las guerras carlistas fueron la última de las calamidades que nos legó el infausto monarca. En lugar de unirnos contra un enemigo común, nos dividimos para enfrentarnos a nosotros mismos.

Hubo excepciones, sí. La Guerra de África, que levantó la moral de muchos españoles entre 1859 y 1860. La Guerra del Pacífico, cinco años después, en la que solo el honor nacional estaba en juego y en la que Méndez Núñez pasó a la historia con su conocida frase de «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra».

Pero, si adoptamos la cínica perspectiva de que las guerras exteriores son vitaminas para la conciencia nacional —muchos líderes lo han hecho a lo largo de la historia—, el tratamiento de las nuestras fue notoriamente insuficiente. Demasiado poco, demasiado lejos y demasiado inane. Ni los éxitos en Tetuán y Wad Ras ni la épica batalla de El Callao, tan heroica como innecesaria, lograron invertir el rumbo de la nación, que poco tiempo después se entregaba a la Gloriosa y volvía a enfrentarse con el carlismo. Mientras en Europa Austria se enfrentaba a Italia, Rusia al Imperio otomano y Francia a Prusia, vivíamos en España la ridícula rebelión de los Cantones.

#### El golpe decisivo

Cuando sí volvió a unirse nuestra nación fue en el triste año de 1898. La insurrección en Cuba había comenzado muchos años antes, en 1868. Derrotados en dos guerras que no lograron llevar la paz a la isla, los insurgentes comenzaron en 1895 el asalto que, con la interesada ayuda de los EE. UU., resultaría definitivo. Las espadas estaban todavía en alto cuando un accidente que hoy sabemos fortuito, la voladura del *Maine* atracado en La Habana, proporcionó al Gobierno norteamericano, presionado por una opinión pública muy belicista alentada por la prensa amarilla, el pretexto que necesitaba para declarar la guerra a España.

Era esta una contienda que no se podía ganar. Los Estados Unidos no habían adquirido todavía la condición de superpotencia, pero tenían cuatro

veces más habitantes que España y su renta per cápita era tres veces mayor. Sin embargo, y a pesar de estas cifras, la derrota sorprendió a los españoles de entonces, que esperaban mucho más de su Ejército y de su Armada. Incluso entre los de hoy, que tenemos una opinión mejor fundamentada sobre aquella desdichada guerra, prevalece la sensación de que debió haberse perdido de otra manera.

La derrota de Cervera en Santiago de Cuba fue amarga y, en cierto modo, humillante. Mal preparada para el combate —sirva de ejemplo que el crucero Cristóbal Colón carecía de artillería principal— la escuadra cumplió la absurda orden de hacerse a la mar e intentar romper el bloqueo, pero lo hizo sin brillantez táctica ni un claro propósito operacional. La pérdida de cuatro cruceros y dos contratorpederos no tuvo más contrapartida que la de un muerto y dos heridos reconocidos por los norteamericanos.

En Filipinas, donde no existía una insurrección generalizada como la de Cuba, se había perdido dos meses antes la modesta escuadra de Montojo, que todavía contaba entre sus buques con un anticuado crucero de madera. La derrota naval en Cavite hizo inevitable la rendición de Manila.

Obligado a capitular, el Gobierno español tuvo que ceder también Puerto Rico, demandado por los Estados Unidos a pesar de que hasta entonces no había ocurrido en la isla nada que justificase tal exigencia.

Ya fuera por la rotundidad de la derrota o por el momento en que se produjo, el pueblo español encajó muy mal lo ocurrido. Un siglo después, Antonio Domínguez Ortiz lo achacaría a que, en aquel período de nuestra historia, «la conciencia nacional estaba más despierta por la acción de la prensa y de la escuela; había un nacionalismo español, no tan vivo como los que habían surgido en el resto de Europa, pero lo suficientemente activo para provocar amargura».

De algunas de las consecuencias del desastre del 98, el año que dio nombre a toda una generación de escritores desencantados con la idea de España, todavía no se ha recuperado la nación española.

#### Del sueño a la pesadilla

Recapitulemos. El siglo de las naciones europeas no pudo terminar peor para nuestros intereses. Mientras Prusia lideraba la unificación alemana y Francia rumiaba venganza por la derrota de Napoleón III, España solo quería que la dejaran en paz. Entrábamos en el siglo xx con el paso cansino de

quien, en lugar de caminar a hombros de la historia —una expresión feliz que debemos a Fernando García de Cortázar— lleva el peso de toda nuestra historia sobre sus hombros.

«La llamarada de patriotismo encendida por la Revolución francesa —escribe Santos Juliá— se había apagado sin dejar rastro entre guerras civiles, Gobiernos despóticos y revoluciones fracasadas». No fueron pocos, según el propio historiador, los que atribuyeron nuestra decadencia a «una enfermedad de la raza, algún mal que afectaba a la nación y al pueblo españoles».\*

Con el paso del tiempo, el sueño de Felipe II —«un monarca, un imperio y una espada», en los versos de Hernando de Acuña— se había convertido en pesadilla. Una pesadilla sobre la que Joaquín Bartrina, un poeta catalán de la segunda mitad del siglo XIX, dejaría escritos versos de muy diferente tono:

Oyendo hablar a un hombre, fácil es acertar dónde vio la luz del sol: si os alaba Inglaterra, será inglés, si os habla mal de Prusia, es un francés, y si habla mal de España, es español.

¿Firmaría los mismos versos un poeta satírico de hoy? Es probable que sí. Y, si así fuera, nos estaría hablando de una España acomplejada, que no cree en sí misma ni confía en sus posibilidades. Al lobo que representa a nuestra nación entre las otras del planeta le falta carácter. O, si el lector prefiere el rigor geométrico de Clausewitz a mis metáforas sobre la naturaleza, nuestra trinidad de la guerra cojea de la pata más importante: la del pueblo. Por desgracia, y como veremos en el siguiente capítulo, no es esta la única pata que nos falla.

<sup>\*</sup> Ortega y Gasset se remonta hasta los visigodos para buscar al culpable de nuestra debilidad como pueblo. Vaya usted a saber si tenía razón.